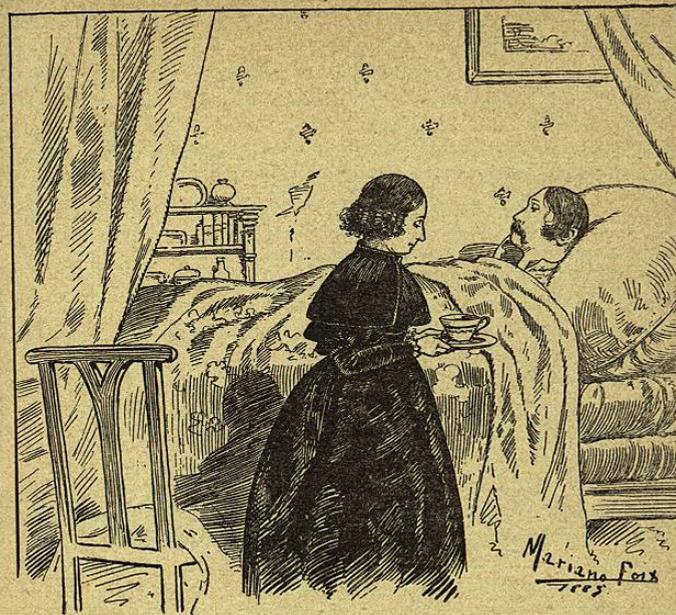


rada estúpida, sin tener ya nada de venerable, y que parecía salir de la tierra como un hongo, para pedir noticias del paradero de Casby. Después de mirar un momento aquel fantasma, Pancks, ansioso sin duda de ponerse al abrigo de las consecuencias de su crimen, arrojó las tijeras y huyó á todo correr, aunque perseguido sólo por el eco de las ruidosas cajadas de los inquilinos del Corazón Sangriento.



CAPITULO XXXIII

El arrepentimiento de Tattycoram

Los cambios que se efectúan en la habitación de una persona atacada de la fiebre son lentos y caprichosos; pero los que agitan al mundo, presa del mismo mal, son rápidos é irrevocables.

La niña Dórrit debía vigilar á la vez estas dos clases de cambios: durante una parte del día, los muros de la prisión cubríanla con su sombra, pues no quería abandonar á Clennam, á fin de cuidarle con todo su amor y solicitud; pero la vida exterior tenía también sus exigencias; y á todo atendía la niña Dórrit, siempre infatigable.

En primer lugar debía atender á Fanny, con su orgullo y sus caprichos, y muy adelantada ya en ese estado interesante

que la impedía brillar en la sociedad, de lo cual se quejó tan amargamente la noche en que dió al difunto Merdle el cortaplumas de mango de concha.

Era preciso también no descuidar á su hermano, joven viejo, débil orgulloso, dado á la bebida, incapaz de hacer nada por sí solo, y que aparentaba no obstante proteger á su hermana. El desgraciado Tip, en medio de sus extravíos, tenía por lo menos el mérito de amar á la niña Dórrit.

Además figuraba también en escena la señora Merdle, ocupada de continuo en adornar su traje de viuda; y el pobre Edmundo Sparkler, que no sabía cómo hacerlo para poner en paz á las dos rivales (su madre y su esposa.)

Y por último, aun no habían concluído del todo las relaciones con la señora General, que vuelta de su primer viaje, dirigía diariamente á la familia Dórrit misivas engalanadas con muchos rasgos, pidiendo una nueva certificación para poder aspirar á alguna plaza vacante.

Después de la muerte del señor Merdle, muchos personajes de importancia se preguntaron si se debería volver la espalda á la viuda ó consolarla; pero como después de maduras deliberaciones les pareciese que estaba en su interés hacer declarar á la Sociedad que la dama había sido engañada cruelmente, consiguióse esto, y la viuda conservó sus relaciones. La señora Merdle pudo pasar muy bien por víctima, con tanta más razón cuanto que no se tardó en saber que su difunto esposo no había sido nunca más que un vil plebeyo, en toda la extensión de la palabra.

El destino de Edmundo Sparkler era por fortuna para él una de esas canongías que un caballero conserva mientras vive, si no sube á otro puesto más elevado; y gracias á esta circunstancia, la señora Sparkler y la viuda Merdle habitaban cada cual un piso de la pequeña é incómoda casa situada en el centro del mundo habitable.

Como Arturo estaba demasiado enfermo para hablarle de cosas que le pudieran causar el menor trastorno, exponiéndole á una recaída, la niña Dórrit hubo de ponerse en comunicación con el señor Meagles. Este amigo de Clennam viajaba aun; pero la joven le escribía, dirigiendo á su hija las cartas, en las cuales pedía consejo sobre los asuntos que más le inquietaban.

Sin revelarles precisamente la naturaleza de los documentos caídos en manos de Blandois, la niña Dórrit había confiado al señor Meagles los principales rasgos de esta historia, refi-

riéndole la muerte trágica de aquel intruso. La práctica y previsión del antiguo banquero hicieronle comprender al punto cuanto importaba recobrar los documentos originales; y por lo tanto contestó á la joven aprobando la solicitud que manifestaba en esta cuestión, y asegurándole que no volvería á Inglaterra sin haber hecho lo posible por recobrar los papeles.

Hacia la misma época, Enrique Gowan comenzó á pensar que sería más agradable para él romper con los Meagles. Tenía demasiado buen corazón para impedir á su esposa que los viera; pero dijo al padre que en su concepto sería mejor suprimir sus relaciones personales, dejando de tratarse como hasta entonces. Gowan manifestó esto políticamente, sin escándalo ni ruido; y el pobre Meagles, sabiendo ya por experiencia que no contribuía á la felicidad de su hija con sus visitas al yerno, que siempre se burlaba de él, contestó:

—Quedamos convenidos, Enrique; usted es el esposo de mi hija, ocupa mi lugar, y por lo tanto haré lo que usted guste. ¡Está bien!

Este arreglo tuvo por resultado (Enrique Gowan no lo había previsto tal vez,) que papá y mamá Meagles se mostraran más generosos desde el momento en que sólo tuvieron relaciones con su hija y su nieta; de modo que aquel artista independiente pudo disponer de más dinero que en otro tiempo sin verse en la degradante necesidad de preguntar de dónde venían los cuartos.

El señor Meagles debió ocuparse naturalmente con afán del encargo de la niña Dórrit. Por su hija supo qué ciudades había recorrido Blandois, y el nombre de los diversos hoteles donde se alojó, y obtenido este dato, visitó las unas y los otros con toda la actividad posible, para averiguar si el caballero cosmopolita habría dejado como garantía de pago en alguna parte un cofrecillo ó paquete.

El antiguo banquero se cansó mucho inútilmente sin hallar indicio alguno que le guiase; pero en rigor no lo perdió todo, pues si no descubrió nada que hubiese pertenecido al difunto Blandois, averiguó en cambio que había dejado tantas deudas y odiosos recuerdos, que sólo pronunciar su nombre era lo suficiente para que se agobiara al buen Meagles de los más injuriosos epítetos, dándose el caso que hasta le denunciaran á la policía como caballero de industria.

Por fortuna, el ex-banquero era hombre dotado de mucha penetración y perseverante, y aunque en su peregrinación

hubiera seguido la pista de Blandois hasta París sin descubrir nada, no se desanimó por esto.

—Cuanto más le estreche hacia la parte de Inglaterra—decía á su esposa,—más cerca me parecerá estar de los papeles, aunque no los encuentre, pues debemos suponer que ha debido depositarlos en alguna parte, lejos de las personas á quienes trataba de venderlos. En mi opinión, no han salido de Inglaterra.

El señor Meagles encontró en su hotel de París una carta de la niña Dórrit, en la cual le decía la joven que había podido hablar algunos minutos con el señor Clennam sobre el difunto Blandois, y que Arturo le contestó que si su amigo deseaba obtener algunos informes sobre el difunto se podría dirigir á la señorita Wade, la cual le había conocido y habitaba en Calais, en tal calle y tal número.

«¡Oh, oh! exclamó Meagles; veamos si esto nos conducirá á descubrir algo.»

Y con toda la rapidez que podía esperarse de los medios de comunicación en aquella época en que no se habían inventado aun los ferrocarriles, el ex-banquero se trasladó á Calais y fué á llamar á la puerta de la casa donde vivía la señorita Wade.

La misma criada que había recibido á Clennam contestó al llamamiento del visitante, que un momento después fué conducido á presencia de la dama.

—Hace mucho tiempo—dijo Meagles después de saludar,—que no he tenido el gusto de encontrarla; supongo que sigue usted bien, señorita Wade.

La orgullosa dama, sin dignarse contestar á estas palabras, informándose á su vez de cómo estaba la familia de su interlocutor, limitóse á preguntar secamente á qué debía el honor de aquella visita.

Meagles había mirado ya á su alrededor, sin ver nada que se pareciese á un cofrecillo de hierro.

—A decir verdad, señorita—repuso con tono insinuante,—tal vez usted podría arrojar alguna luz sobre un asunto bastante embrollado en este momento. Ante todo espero que las palabras desagradables que se hayan cruzado algún día entre nosotros quedarán olvidadas ya. ¿Se acuerda usted de mi hija? ¡Cómo cambia todo con el tiempo!

El señor Meagles, que en su inocencia creía haber comen- zado la conversación de la manera más hábil, ignoraba que precisamente aquel era el peor principio. Inútilmente esperó

alguna expresión de interés de parte de la señorita Wade, que preguntó después de una pausa:

—¿Es eso todo lo que viene usted á decirme?

—No, no; yo contaba con la bondad de usted para...

—Creía—interrumpió la dama con una sonrisa,—que ya sabe usted que no se debe contar con mi bondad.

—No diga usted eso, señorita—replicó Meagles,—usted se calumnia... pero vamos al objeto de mi visita. He sabido por mi amigo Clennam, que aún sigue muy enfermo...

Meagles esperaba una pregunta, pero la señorita Wade no desplegó los labios.

—He sabido—repitió,—que usted había conocido por casualidad á un tal Blandois, que acaba de morir en Londres á consecuencia de un accidente violento. No se enoje usted, pues ya sé que apenas le conocía... (Meagles quiso evitar con estas palabras una interrupción, al observar que su interlocutora estaba á punto de encolerizarse;) pero se trata de saber si la última vez que ese hombre pasó por aquí para ir á Londres, dejó en esta casa un cofrecillo lleno de papeles, ó un paquete, rogando á usted que lo guardara hasta que lo reclamase.

—¿Es una pregunta esto? ¿Quién la hace?

—Mi amigo Clennam, y yo, y otras personas. Escuche usted; seguro estoy que no puede tener mala voluntad á mi hija, y por lo tanto debo advertir que esta cuestión le interesa también, puesto que concierne muy de cerca á uno de sus mejores amigos. Ahora ya sabe usted por qué estoy aquí, preguntándole con toda franqueza: ¿ha dejado ese hombre alguna cosa en manos de usted?

—A decir verdad—replicó la señorita Wade,—no parece sino que yo haya de ser el punto de mira de las preguntas de todos aquellos que hayan tenido relaciones con un hombre á quien yo encontré en la calle, y á quien ocupé y pagué, poniéndole después á la puerta.

—Veamos, señorita—repuso Meagles, tratando de calmarla,—veamos; y no se enoje usted, porque este es el caso más sencillo del mundo, y nadie podría formalizarse por ello. Los documentos de que se trata no pertenecían á ese hombre, pues han sido robados; y un día ú otro podrían causar disgustos á una persona inocente, si se encontrasen en su casa, por cuanto los han reclamado aquellos á quienes realmente pertenecen. Nuestro hombre pasó por Calais al dirigirse á Londres, á donde tenía sus motivos para no llevar los pape-

les, proponiéndose sólo depositarlos en un sitio seguro para recogerlos cuando los necesitase. ¿Los ha dejado aquí? Declaro ante todo que está muy lejos de mi ánimo ofender á usted en lo más mínimo, y que si bien le dirijo esta pregunta personalmente, no tiene nada de personal. Lo mismo he preguntado ya á otras muchas personas. ¿No ha dejado aquí los papeles? ¿No le ha entregado nada en depósito?

—No, señor.

—Entonces, señorita, veo que desgraciadamente no puede usted darme ningún informe respecto á ese cofrecillo.

—Absolutamente ninguno, y ahora supongo que ya estaré libre de preguntas. A mí no me han dejado nada ni puedo dar á usted lá menor noticia.

—¡Vamos!—exclamó Meagles dejando escapar un suspiro, —lo siento mucho; no se hable más del asunto. Espero que no me guardará rencor por haberla molestado. ¿Cómo sigue Tattycoram?

—Enriqueta sigue bien.

—¡Vamos! ya cometí otra torpeza; parece que estoy destinado á no hacer otra cosa en casa de usted.

Y despidiéndose presuroso, trasladóse al hotel donde había dejado á su cara mitad, diciéndole al llegar: «Partida perdida, estamos derrotados.»

Después se encaminaron al vapor que debía zarpar la misma noche para Londres, y finalmente, llegaron á la Mariscalía.

De guardia estaba Juanito, cuando los dos esposos se presentaron ante la verja, á la hora del crepúsculo. Díjoles que la señorita Dórrit había salido, pero que no tardaría en volver. El señor Clennam se encontraba mucho mejor; alternaban en la tarea de velarle Maggy, la señora Plornish y Bautista. Si los visitantes gustaban, podían esperar á la señorita Dórrit en la habitación que el director de la cárcel le había prestado. Temiendo que su aparición brusca dañase al preso, aceptó la oferta el señor Meagles, y pasó con su mujer á la habitación mencionada, á través de cuya reja pudieron matar el tiempo contemplando á los presos que paseaban por el patio.

El angosto espacio de la prisión impresionó tan vivamente á la señora Meagles, que no pudo contener el llanto. Por su parte al señor Meagles parecía asfixiarse, por falta de aire. Recorría con paso agitado la habitación empañándose en abanicarse con el pañuelo, cuando, al oír que se abría la puerta:

—¡Misericordia, santo cielo!—exclamó.—¡No es la señorita Dórrit, no! ¡es Tattycoram!

Esta era, en efecto, y en sus brazos se veía un cofrecillo de hierro, de unos dos pies cuadrados. Una caja parecida era la que la mujer de Jeremías, en uno de sus sueños, había visto salir de la antigua casa en brazos del hermano gemelo del señor Flintwinch. Tattycoram depositó á los pies de su antiguo amo el cofrecillo, arrodillándose, golpeándolo con ambas manos y gritando, con acento de triunfo y desesperación, entre llantos y risas:

—¡Perdóneme usted, amo mío; admítame usted de nuevo, buena señora; helo aquí!

—¡Tatty!—exclamó el señor Meagles.

—¿Es el cofrecillo que buscaban ustedes? aquí está. Ella me había hecho entrar en un cuarto contiguo, para impedirme que les viera. He oído sus preguntas relativamente al cofrecillo, y he oído que les contestaba que no lo tenía. Pero, como yo me hallaba presente cuando aquel hombre lo depositó en nuestra casa, llegada la noche, en lugar de acostarme, lo he cogido para traerlo. ¡Aquí está!

—Pero, querida—exclamó jadeando el señor Meagles,—¿cómo lo has hecho para llegar aquí, al mismo tiempo que nosotros?

—He venido en el mismo vapor, sentada frente á ustedes, y envuelta en mi chal. Desembarqué y tomé un carruaje ordenando al cochero que siguiese el de ustedes. *Ella* no lo hubiera devuelto nunca, desde que le dijeron ustedes quiénes eran las personas que lo deseaban. Antes lo habría tirado al mar, ó reducido á cenizas; ¡pero aquí está!

¡Con qué júbilo, con qué gozo repetía la muchacha: «¡aquí está!»

—Ella había rogado á aquel hombre que no lo dejara en su casa, debo hacerle esta justicia; pero él insistió, y tengo la seguridad de que, según lo que ustedes le dijeron y después de sostener ella que no lo tenía, jamás se lo habría devuelto. Pero ¡aquí está! ¡Querido amo, mi buena señora, perdónenme ustedes y vuelvan á llamarme como antes! ¡perdónenme, en favor del cofrecillo; aquí está!

Nunca fueron más dignos de su nombre los esposos Meagles que al recoger bajo su paternal protección á aquella muchacha terrible que jamás tuviera padre, ni madre.

—¡Ah! ¡he sido muy desgraciada!—exclamó Tattycoram, llorando después de esta confesión con mayor amargura que antes,—¡muy desgraciada! ¡Estoy arrepentida! Me dió miedo

la primera vez que la ví; comprendía perfectamente sus defectos y sabía excitar á medida de su voluntad la extraña locura que me dominaba. Cuando me daba el acceso, figurábame que todo el mundo se aunaba contra mí á causa de mi origen; cuanta mayor bondad me dispensaban, más me irritaba yo... ¡Ahora ya sé cuánto me equivocaba! Y además, mi buena graciosa señorita no era tan feliz como merecía, ¡y yo la había abandonado! ¡Qué mala opinión tendrá de mí! Pero ustedes se la desvanecerán induciéndola á que me perdone también, ¡pues yo no soy tan mala como antes! En todo este tiempo, he tenido á la vista el ejemplo de la señorita Wade y he comprendido lo que yo sería á su edad, tomándolo todo al revés, y transformando el bien en mal... ¡No, no quiero ser mala como antes! me consagraré á enmendarme y poco á poco lo conseguiré; no me detendré en veinticinco; ¡contaré hasta dos mil quinientos, hasta veinticinco mil, si es preciso!

Abrióse de nuevo la puerta; calmóse Tattycoram y la niña Dórrit entró. El señor Meagles indicóle el cofrecillo con un ademán de gozo y orgullo. Brilló en el rostro de Amy la expresión de su venturoso agradecimiento. En adelante, el secreto estaba sano y salvo. Nunca sabría Arturo de ella, lo que quería ocultarle; nunca sabría lo que ella había perdido; más adelante le diría lo que le importaba saber y lo que le concernía personalmente; pero jamás sabría lo que únicamente se refería á ella sola. Todo ello estaba perdonado, olvidado.

—Y ahora, querida señorita Dórrit—prosiguió el señor Meagles,—ya sabe usted que soy hombre práctico en negocios... ó cuando menos lo he sido... y de consiguiente voy á tomar mis medidas con la mayor prontitud posible. ¿Convendrá que vea á Arturo esta noche?

—Creo que mejor será diferirlo. Voy á subir á su cuarto á preguntarle cómo se encuentra; aunque supongo desde luego que valdrá más que no le vea usted esta noche.

—Lo mismo opino, querida amiga, y por eso no me he movido de este lúgubre cuarto. Es probable que tampoco le vea sino dentro de algún tiempo. Pero no se detenga usted... ya le explicaré mi plan á su vuelta.

Alejóse Amy. Meagles, mirando á través de los barrotes de la ventana, la vió salir del cuarto inferior y entrar en el patio, y luego, en voz baja:

—Tattycoram—dijo,—acércate un momento, hija mía.

La muchacha se aproximó á la ventana.

—¿Ves á esa joven que acaba de salir de aquí? ¿á ese sér

endebled y tranquilo que cruza el patio? Mírala. Los presos le abren paso y la saludan afectuosamente. ¿La has visto, Tatty?

—Sí, señor.

—Pues bien, Tatty, me han dicho que en otro tiempo sólo la nombran con el calificativo de «hija de la prisión.» Aquí nació y aquí ha vivido bastantes años. Yo, aquí, ni siquiera puedo respirar. Es un sitio bien triste para nacer y vivir en él.

—Oh, sí, señor; bien triste.

—Si no hubiese pensado nunca más que en sí misma, si se hubiese dicho que todo el mundo le echaba en cara el haber nacido aquí, achacándose como crimen y oprobio, habría vivido desgraciada y probablemente inútil. Sin embargo, me han contado que desde su infancia, su vida ha sido una vida de activa resignación, de bondad y de noble sacrificio. ¿Quieres que te diga lo que ha sido menester que ella se representara siempre ante los ojos para darles tal expresión de dulzura?

—Diga usted, amo mío.

—El deber, Tattycoram, el deber. Empecemos desde muy temprano á cumplir con nuestro deber, y sean cuales fueren nuestro origen ó nuestra posición, nada prevalecerá contra nosotros ante el Señor ó ante nosotros mismos.

Permanecieron junto á la ventana donde la señora Meagles, que se había reunido con ellos, empezó á condolerse de los pobres presos, hasta el momento en que regresó la niña Dórrit, quien les aconsejó no turbasen aquella noche al detenido, que á la sazón reposaba tranquilamente.

—Perfectamente—dijo el señor Meagles cobrando ánimo.

—Tiene usted mucha razón. Encargo á usted que le haga presente mis recuerdos; sé que no encontraría mejor mensajera. Mañana al amanecer me pongo en camino.

La niña Dórrit, sorprendida, le preguntó á dónde se dirigía.

—Querida amiga—repuso el señor Meagles,—yo no puedo vivir sin respirar. La vista de esta cárcel ha cortado mi respiración y no la recobraré hasta que Arturo se vea libre.

—¿Y es una razón para que se marche usted mañana?

—Vea usted—continuó el señor Meagles.—Esta noche dormimos en un hotel de la Cité. Mañana, al amanecer, mi esposa y Tattycoram volverán á Twickenham, donde la señora Tickit, sentada como de costumbre, junto á su ventana del saloncito, en compañía del doctor Buchan, las tomará por dos aparecidas. Yo me dirigiré al encuentro de Doyce. Es

preciso, absolutamente, que Doyce venga aquí, por cuanto ha de saber usted que es completamente inútil escribir, formar hipótesis y planes condicionales sobre tal ó cual cosa que deba acontecer en tal ó cual época; ante todo es preciso que venga Doyce. Mañana por la mañana quiero traerlos al amigo Daniel. ¿Qué me cuesta irle á buscar? Soy viajero aguerrido; ninguno de los idiomas y costumbres extranjeras me preocupa más que otros... no comprendo ninguno, y así nunca me hallo perplejo. Además, os lo repito, he de partir en seguida, pues no podría vivir sin respirar libremente, y no respiraré libremente hasta que Arturo se halle fuera de la cárcel. Mirad, mientras os estoy hablando me ahogo, y apenas me queda suficiente aliento para deciros que ya no lo tengo, y poder bajar este precioso cofrecillo hasta nuestro coche.

Llegaron á la calle en el momento en que la campana empezaba á tañer. El señor Meagles llevaba el cofrecillo. La niña Dórrit no tenía coche, lo cual sorprendió á su acompañante, quien tomó uno al paso, y haciendo subir á la joven, colocó junto á ella el cofrecillo.

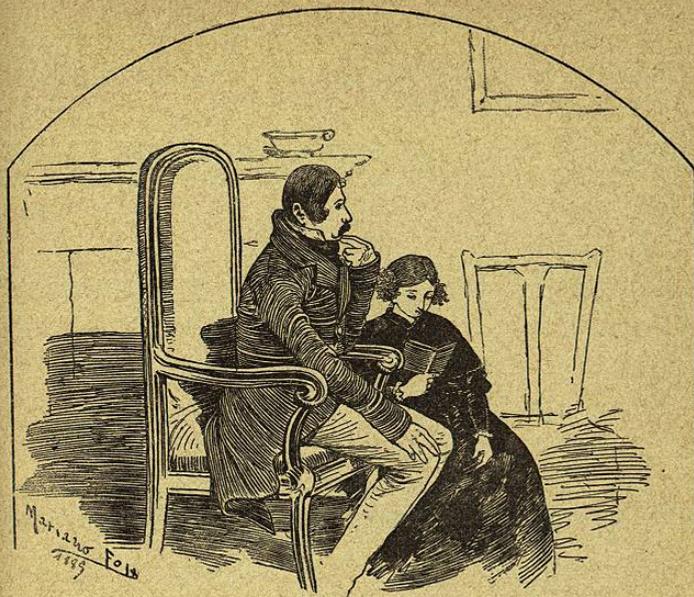
La niña Dórrit, entre gozosa y agradecida, le cogió una mano, llevándola á sus labios.

—No, no, querida mía—dijo el señor Meagles;—me causan pena esos testimonios de respeto que no merezco, y sobre todo de su parte... y ante la verja de esta prisión.

Amy se inclinó hacia él y le besó una mejilla.

—¡Ah! usted me recuerda el buen tiempo pasado—dijo el buen señor, cuya alegría se extinguió de repente,—pero ella ama mucho á Enrique, oculta sus defectos y piensa que nadie los ve... y además, él pertenece á una familia muy distinguida.

Era el único consuelo que encontraba en el matrimonio de su hija; y si sacaba de este consuelo ligero el mejor partido posible, ¿quién tendría valor para echárselo en cara?



CAPITULO XXXIV

La realización de un sueño

Era un magnífico día de otoño, de esa estación en que los campos, despojados de sus doradas espigas, han sido labrados de nuevo; en que los frutos del verano han madurado y desaparecido; en que las manzanas de los jardines, ruborizadas por los besos del sol, excitan el apetito; y en que las bayas presentan un tinte carmesí entre el follaje amarillento. En los bosques reconocíase ya la aproximación de ese invierno endurecido que llaman el invierno, viéndose á través de la espesura una perspectiva despejada de los vapores del soñoliento verano, velo tan ligero como la pelusilla que cubre el albérrchigo amarillo. Del mismo modo el océano, visto desde la playa, no parecía dormir al sol, sino que se agitaba alegremente en toda su extensión, desde la fresca playa hasta las pequeñas velas que desaparecían en el horizonte, impelidas por la misma brisa que arrastraba las hojas de los árboles. Severa y triste, conservando siempre á través de las esta-